



Sólo quiero unos minutos...

JOSÉ LUIS GÓMEZ URDÁÑEZ

Rioja2.com

Lo primero, unos minutos para el maestro

11/11/2010

Lleida y Logroño son ciudades parecidas. Tienen más o menos la misma población (y el mismo número de inmigrantes), son sociedades conservadoras engrosadas por los contingentes que salieron de los pueblos de la provincia en los sesenta y setenta –las dos únicas provincias *agrarias* que, en 1970, no habían perdido población- y, en fin, ambas tienen universidad. Los colegas universitarios que venimos del mundo de las ilusiones seguimos manteniendo que la universidad es la locomotora transformadora de estas ciudades y sus entornos, por eso todavía nos consideramos activistas, sobre todo los historiadores, pues pensamos que no hay proyecto social que no se asiente en la comprensión del pasado.

Nosotros, en la UR, admitimos en el claustro a Vargas Llosa y, recientemente, los *lleidatans* han hecho “honoris causa” en el suyo al gran maestro de historiadores de Moderna, mi admirado **Carlos Martínez Shaw**. No vamos mal, un premio Nobel y un aguerrido e inteligente historiador, que además es académico y, desde luego, como uno de sus maestros, **Pierre Vilar**, aún mantiene las esperanzas. Por eso, y porque este rinconcito es *territorio libre*, le dedico este texto –como Carlos tiene una gracia sevillana explosiva, le llamaremos textículo- que acompaño de dos párrafos de su discurso ante el claustro de Lleida. Verán ustedes que la universidad sigue estando viva, la historia sirve para algo y... los maestros cumplen su función de impulsar, alentar y hasta conmover.

Dijo el Excelentísimo señor don Carlos Martínez Shaw:

“En la última década, hemos asistido a **la degradación acelerada de unos valores de civilización que creíamos implantados de forma estable en el mundo desarrollado** y que incluso parecían propagarse por el mundo más deprimido, hasta el punto de que su universal aceptación había hecho pensar a algunos ensayistas que había llegado el “fin de la historia”, ya que sólo debíamos sentarnos a esperar la instalación de la democracia como un bien indiscutible y reconocido por todo el mundo. Muy al contrario de lo que pensaba Francis Fukuyama, lo que se ha producido es un inesperado *tournant*, que nos ha retrotraído al imperio de la barbarie. Así, el trío belicista reunido en las Azores (Georges Bush, Tony Blair y José María Aznar) pudo dar carta de naturaleza a un aberrante concepto de “guerra preventiva” que sin duda habrá hecho removerse en su tumba a Francisco de Vitoria, el creador del derecho de gentes, el definidor de los justos títulos para admitir una acción militar. **Así, el encierro en Guantánamo de unos prisioneros de guerra ha destruido el avance que significó la Convención de Ginebra en la humanización de la guerra, ha violado toda garantía legal en los juicios para dirimir responsabilidades penales, ha hecho retroceder el imperio del derecho que desde los romanos debe presidir toda sociedad** (“ubi societates, ibi ius”). Así, los expertos estadounidenses han procedido a la inicua justificación del secuestro, la tortura y

el asesinato (incluso con el más absoluto desprecio a la ley de otros países), cuando pensábamos que tales prácticas eran patrimonio de la Alemania nazi o de la Argentina de la dictadura militar. **Así, los Estados Unidos y sus aliados, como el Estado de Israel (cuya actuación en Gaza es ya un crimen de lesa humanidad), han empleado en sus guerras soldados mercenarios, armas químicas y bombas de racimo, llevando la muerte y la mutilación a la población civil, incluyendo los más desvalidos, sorprendidos en sus hogares, en sus hospitales o en sus escuelas, en un ejercicio de crueldad que antes sólo asociábamos con los imperios asirios y ahora podemos condenar en estos soi-disants “Estados de derecho”.** Como consecuencia, las agresiones de estos nuevos cruzados occidentales contra los países musulmanes no pueden tener otro efecto que el de revitalizar la imagen negativa de los estados “cristianos” en el imaginario islámico, alimentar el integrista ya contenido ab initio en el propio Corán y reforzado después por las interpretaciones fundamentalistas de wahabíes y salafíes, fomentar las respuestas terroristas inspiradas en la yihad y fortalecer a las dictaduras teocráticas como la de Irán.”

“Este es el escenario que tenemos delante. Un escenario que, al presentar agravados los males visibles en el mundo, **no hacen sino poner aún más de evidencia, manifestar aún más claramente el fracaso de las grandes utopías generadas para hacer el mundo más habitable.** En primer lugar, **el cristianismo**, cuyo fracaso se revela menos en la deriva fundamentalista de la Iglesia Católica (también presente, al igual que en el judaísmo y el islamismo, en sus definiciones fundacionales de sociedad dogmática, jerárquica, retrógada y misógina), como en el escándalo de un mundo profundamente desordenado y contrario a los principios que, al parecer, inspiraron a Jesús de Galilea: un mundo dominado por la guerra (proliferación de ejércitos y de armamento nuclear y biológico de destrucción masiva), por el hambre (mil millones de personas sin alimentos, mil millones de personas sin acceso al agua y a la asistencia sanitaria, diez millones de niños muertos anualmente), por las indignas condiciones de vida y por una serie intolerable de lacras, como la pena de muerte, la esclavitud, la explotación laboral, el sometimiento de la mujer, la guerra forzada para los niños, la prostitución infantil y juvenil (aquí por una única vez sin diferencia de sexos). **¿Y el socialismo, la segunda gran utopía contra la miseria y la tiranía?** En su versión comunista (viva desde 1917), no ha conducido sino a la generación de gobiernos autocráticos y despóticos, al secuestro de las libertades, a la igualación en la pobreza, a la persecución del pensamiento crítico, a la aparición de regímenes fanáticos. En suma, un gran fracaso, que parece haber producido un mundo más indefenso, más doliente y más inestable. Ahora bien, ¿un fracaso definitivo, una situación irreversible? Queremos pensar con el gramsciano optimismo de la voluntad que podemos y debemos superar el desánimo, como ciudadanos y, ¡cómo no!, como historiadores, como científicos sociales. Y queremos, por ello, recurrir precisamente a la historia.”

Y siguió. Pero con lo anterior es suficiente para aguantar en esta heladora periferia logroñesa. Por eso se lo cuento a ustedes, para seguir manteniendo las esperanzas.